El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8463 | DIARIO DE LA NOCHE | TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loretto, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 24 de Enero de 1890

Salicilatos
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia, toda clase de **VOMITOS Y DIARREAS, DE LOS TISICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VOMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ULCERAS DEL ESTOMAGO, ERUPTOS FETIDOS PIROSIS.** Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

SE PRECIOS: En España: CAJA GRANDE, 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA, FARMACIA VIVAS PEREZ desde donde se remiten por correo á todas partes enviando 75 cts. más por certificado

POR MAYOR: Madrid, M. Garcia y Sociedad Ibero Universal Barcelona, Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Uriach, Cartagena, Abad y Romero Germes

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, ultramar, Buenos-Aires y en toda la América de Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

RIQUEZA FILIPINA.

No sabemos por qué, pero es muy cierto que los gobiernos en España, miran con una indiferencia lastimosa los intereses de nuestras posesiones oceánicas.

Esto acusa, cuando menos, un censurable abandono, ya que no la mas supina ignorancia de lo que son aquellos fértiles y vastísimos territorios, y por más que la cosa nos parezca perfectamente natural, porque aquí todos servimos para ministros y la política reparte á granel ejecutorias de capacidad intelectual, convirtiendo en eminencias las nulidades de entendimiento más obtuso, duélenos en el alma pensar tan solo que esos territorios conquistados por nuestros mayores con la punta de su espada, vengan á parar después de cuatro siglos á manos extrangeras tal vez por un contrato bochornoso para el pabellón español, que es el fin de todas las colonias cuando no hay una recta y sabia administración que las gobierne.

Quien no conoce las islas Filipinas es imposible que comprenda lo que son capaces de producir por la gran riqueza y fertilidad de su suelo. En el reino mineral posee magníficos criaderos de los metales más preciosos El *oro* se da con bastante abundancia y es beneficiado por la naturaleza, valiéndose de los más primitivos procedimientos, en la cordillera de Caraballo y los montes Mambulao, Paracale, Sabo, Segut, Apayao y Dimagan, de la isla de Luzón; el *tael*, que equivale próximamente á 1 1|4 onza castellana, lo venden por 21 ó 22 pesos fuertes, y aunque cada día van extrayendo cantidades más pequeñas, porque no se practican labores de ninguna especie para encontrar nuevos filones ó seguir los iniciados en la superficie, puede calcularse que no baja de 90 á 100.000 pesos anuales el valor del oro que se extrae.

También en la isla de Mindanao, es muy rica en criaderos auríferos, y de ella especialmente las provincias de Miamis y Lurigao. Los moros y naturales hacen mucho comercio de él con los chinos, que son los acaparadores de casi todo el que va á los mercados de la isla. El de Miamies suele presentarse por lo general en aluviones, en pepitas y en vetas con conga de cuarzo. Su producción media es de 16.000 *taeles*, que suelen pagarse á 19 pesos cada uno.

Además de los criaderos ya citados, también existen otros en las islas de Cebú, Panay, Libyuan, Rapurapu y demás pertenecientes al grupo de las Visayas

El *hierro* se encuentra diseminado con gran abundancia en todo el archipiélago, teniendo grandes ventajas para la fundición porque reune la doble cualidad de ser fácilmente fusible y dar un ocho por 100 de beneficio, siendo su clase, á juicio de personas competentes en la materia, tan buena como las mejores de Suecia é Inglaterra.

Para que se comprendan los rendimientos que daría la explotación de este metal, bástenos decir que hemos visto en los montes Camachin (provincia de Bulacan) moles inmensas de hierro oxidulado magnético casi puro, llamándonos la atención una de 16 metros de altura. En algunos criaderos se presenta combinado con el manganeso, que le da excelentes propiedades para la fabricación de armas de fuego.

En proporciones tan colosales como el hierro, se da también el *cobre*. Los igorrotes del distrito de Lepanto, (Luzón) arrancan algunas cantidades beneficiándolo con gran esmero, á pesar de lo defectuoso y rudimetario de los procedimientos empleados.

En 1862 se constituyó la sociedad Cantabro filipinas de Mancoyan para la explotación de varios criaderos, obteniendo un cobre negro de riquísima calidad. Durante muchos años fueron los negocios perfectamente, aumentando la producción; pero dificultades económicas ú otras causas que desconocemos, paralizaron las labores en cuyo estado permanecen todavía.

Los principales criaderos existen en las provincias de Tayabas, Lepanto, Camarines, Sur, Antique y la Isabel de Cagayán.

Si muy abundante se presenta el hierro y el cobre en Filipinas, nada diremos del *carbón de piedra* En Luzón, Visayas, Carolina y Marianas hay cuencas carboníferas, de un valor inestimable, no solo por la gran abundancia, sino, por su excelente calidad.

En 1853 los vapores *Jorge Juan* y *Reina de Castilla* ensayaron el de los criaderos de *Quila-quila* (Cebú), con un resultado tan soberbio que los mismos maquinistas dieron un informe asegurando ser tan bueno ó mejor que el Cardiff y Newcastle. Posteriormente se obtuvo el mismo éxito con las pruebas verificadas en la fragata *Berenguela* y los vapores mercantes *Butuan* y *Corregidor*.

Además de los productos mencionados, también se encuentran con gran abundancia el *azufre*, los *mármoles* y *jaspes* más variados y caprichosos, el *mercurio*, el *plomo*, el *antimonio*, el *ágata*, la *piedra de toque*, el *cristal de roca*, el *talco*, etc., etc., y canteras inagotables de *cal*, *yeso*, *pizarra* y *silex*.

De aguas termales hay manantiales muy numerosos, y especialmente ferruginosas, sódicas, sulfurosas, bicarbonatadas, y otras variedades prescritas por la medicina para curar distintas afecciones; su temperatura varía de de 16 á 84° centígrados.

Poco, poquísimo es lo que se puede decir en los estrechos límites de un artículo, pero basta para comprender *la gran riqueza de minerales* que se oculta en las entrañas del suelo filipino, sin embargo de lo que *no explota el gobierno la más insignificante partícula* de terreno.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

ENERO

Charada

Por un bonito **dos tres**
que gustaba mucho á Eugenia,
dió su marido Ramón
á un pillete de plazuela,
un trozo de **prima dos**,
un muy grande **prima tercia**;
una **tres prima** de pino
y un **todo** antiguo de seda,
que sacó del escluido
del equipo de su suegra.

A. A.

La solución en el número próximo.

EL ENTIERRO EN EL CAMPO(1)

. . . . . .

Al medio día se llenó la casa de gentes vecinas.

Acudieron palurdos con la vara metida en la faja por la espalda; lugareños de lenguaje tosco, que decían todo género de dislates; mujeres de tez cobriza, curtida por la intemperie, con pañuelos de florones al talle y burdos zapatones, que asoman bajo los refajos amarillos, y una turba de chicos harapientos, que, en pernetas con los mocos colgando y riéndose alegremente, venían dando saltos y brincos por las enlodadas cunetas del camino. También llegaron el alcalde de Orejuela, con bastón de borlas, el boticario, el cura, un posadero que tenía en arrendamiento tierras de Susana, y un hombre joven, mejor vestido que los demás, que era el médico del partido, deseoso de conocer al doctor Mora, cuyo nombre había cien veces leido en los periódicos.

El cura venía algo amoscado, porque no le llamaron con tiempo para administrar á la difunta; pero Perico le amansó fácilmente, diciéndole primero que el ataque fue fulminante, y después esperanzándole con la promesa de muchas misas, así que el clérigo, depuesto del enojo, se subió á rezar á la alcoba.

Luego entre ambos médicos lo dispusieron todo.

Al cabo de una hora vino del pueblo un mocetón guiando un pollino que, atravesado sobre la albarda, traía un ataud de pino, recubierto de percalina negra y ribeteado con cintas amarillas, que formaban una cruz sobre la tapa. No lo había en Orejuela más lujoso.

Plácida no probó bocado.

Al niño le dieron leche de cabra, que bebió con delicia. Á Perico se le quiso llevar el médico para agasajarle en su casa; pero él no lo consintió.

A las seis de la tarde Plácida, que aborreciendo la casa se bajó al huerto con el niño, observó que cuantas personas la rodeaban se iban alejando con diversos pretextos; y presumiendo el motivo, cogió en brazos al pequeñín y se precipitó hacia el zagnán.

El humilde cortejo, más triste cuanto más abigarrado, había salido del portón y llevaba andados unos cuantos metros de carretera.

Delante marchaba una docena de chiquillos con velas que les habían repartido, y á las que iban arrancando las escurriduras de la cera.

Dos guardas, un mozo del lugar y el hortelano llevaban á hombros el féretro.

Seguían á éste el alcalde, que procuraba caminar con un paso de delantera; el cura, el médico del pueblo y Perico; y tras ellos en confuso tropel, la gente comarcana, formando multicolor conjunto de chaquetas pardas, refajos de matices chillones, mangas blancas de camisa, pañuelos de hierbas, sombreros de pana y moños de picaporte.

Algunas viejas rezaban, otras refunfuñaban, los zagalones miraban á las mozas, los hombres más entrados en años iban inspeccionando con codiciosa mirada el estado del campo, y todos con su ligero andar alzaban una nube de polvo, que el sol poniente iluminaba.

Al paso de la comitiva los cerdos se ahuyentaban gruñendo, los arrieros detenían á las bestias y los trajinantes replegaban á un lado las carretas.

A lo lejos se oía el pausado y lento doblar de las campanas de Orejuela.

Desviáronse luego del camino, y por una senda abierta entre una era y unos rastrojos quemados, llegaron al pobre cementerio. Tras sus terrosas tapias se erguía un solo ciprés negruzco, alto y endeble, cuyo vértice se movía mecido por el airecillo de la tarde.

Los rayos del sol, próximo al horizonte, parecían arrastrarse por los surcos, tendiendo á larga distancia las sombras de personas, y la esquila de la capilla sonaba á rajada.

Al penetrar en el recinto de la tierra del sueño eterno todos se descubrieron, y los chicos, movidos de curiosidad, apretaron á correr para tomar puesto á los lados de la fosa.

Se abrió la caja, cantó el cura un responso, y el hortelano, cerrando el ataud, entregó la llave á Perico, quien no se movió de allí hasta que los enterradores rellenaron la hoya, igualándola con el nivel del piso.

Cesó la campana de tocar á punto que se ocultaba el sol, y chicos y grandes echaron á la desbandada cuesta abajo; los grandes riendo pasada ya la fugitiva impresión de la muerte, y los chicos jugando á pedrada limpia por la extensión del llano.

Plácida, que se subió con el niño al piso segundo de la casa, permaneció asomada á un ventanón mirando desde allí tristemente cuanto le permitieron la distancia y las lágrimas.

A poco de dispersarse la comitiva, vió venir á Perico por la carretera con el médico, el cura y el alcalde: luego se separaron y avanzó solo, mientras ella, abrazando al niño, se quedaba profundamente pensativa.

. . . . . .

. . . . . .

¡Cuán loca y caprichosamente suceden las cosas de la vida! ¿Quién había de decir, años atrás, que aquel hombre enterraría á su madre? ¿Con qué y cómo le pagaría lo que estaba haciendo? Pero harto sabía que no necesitaba pagárselo; la medrosidad con que él le hablaba, la expresión de sus ojos se lo decían claramente. No habían cruzado una palabra ambigua, una frase de doble sentido,

(1) De la novela «La honrada» próxima á publicarse (con dibujos de Pellicer) por la casa sucesores de Ramirez, Barcelona.